

" EL ARROYO "

Mariposa 13 Mariana Gutierrez

Image not found.

Capítulo 1

Calandrias, reinas moras, gallinas. El viento en las hojas. El carro de Don Julio, risas enajenadas en el arroyo seco ...

Son la melodía de todos los días en el pueblo, mi pueblo, ese que está escondido entre las sombras de las montañas, ese que tiene en la entrada la casa abandonada de Doña Silvina. Pobre vieja, tenía muchos pájaros.

Algunos dicen que una tarde se escaparon de la jaula y se la llevaron a volar.

Así quedó la casa, abandonada ahí, justo después de cruzar el puentecito, ese puente que debajo no tiene agua por la escasez de lluvia.

Ese puente en el que un día, el mismo día de mi cumpleaños, a la hora que pasa Don Julio, estábamos recostados sobre la gramilla a la sombra del gran Molle, con la panza llena de empanadas de Doña Luisa, la madre de Jorgito, mi amigo, el que tiene cabeza de arbusto como peinado para escondite de quirquincho.

Pero bueno, ahí estábamos sin hacer nada, conversando, buscando formas en las nubes cuando de pronto se abrió el cielo.

¡Sí! así nomas. Se abrió en ese mismo momento y lo vimos todo:

Bajó una vaca como la de Don Tito, pero azul con un cuerno entre las orejas y dos alas. Volando se acercaba.

La montaba un chancho como el que tenía mi tío, pero más chico y vestido de pirata.

Se detuvieron en frente y nos dijeron:

_Venimos de la estrella, esa que está casi al lado de la luna que ahora no se ve porque es de día.

Notamos que la sequía es mucha en este pueblo.

_Sí, pasa que el sol anda sediento, le dije.

Jorgito no emitía palabra, como Doña Alcira, la muda. Amiga de mi tía.

_ Si nos dan un gallo, consigo que la lluvia les devuelva el arroyo y su colorido paisaje, afirmó la vaca.

Buscamos el gallo, ese que le sobra alviejo Quintero.

No fue tarea simple, es un bicho astuto y ligero como Sultán el perro de Don Miguel, el almacenero.

Tardamos un poco pero lo conseguimos y en una bolsa lo metimos, así nomas se lo dimos.

La vaca y el cerdo, agradecidos.

Vaya uno a saber por qué querían el gallo. ¡Mejor para mí! ¡Qué lo lleven!

Me despertaba siempre a las cinco de la mañana!
Sin dejar pasar más tiempo la vaca y el cerdo se despidieron, volando se fueron y se cerró otra vez el cielo.
En las semanas siguientes de a poco, la lluvia regó el valle.

Florecieron los colores y el arroyo volvió a ser parte de la melodía de todos los días en el pueblo, mi pueblo.
¡Te lo juro! lo vi con mis propios ojos, esos mismos que buscaban formas en las nubes.